

Aromas del barrio

El sol de la mañana se filtraba por las rendijas de la persiana, iluminando la pequeña cocina de Belén. Aquella luz suave la invitaba a comenzar el día sin prisas. Se sirvió un café y se sentó frente a la ventana, observando las calles del barrio que, seis meses después de haberse mudado, comenzaban a resultarle un poco más familiares. Era un barrio de calles estrechas y edificios de colores deslucidos, pero con vida propia. Las fachadas estaban salpicadas de plantas colgantes, y por las aceras caminaban niños corriendo a la escuela y vecinos saludándose.

Belén disfrutaba paseando por el barrio, algo que había convertido en un ritual. Después de pasar la mañana trabajando desde su ordenador, preparaba su bolso de tela, cogía las llaves y salía a caminar. Cada día, iba descubriendo las costumbres de sus nuevos vecinos, y cada rincón le contaba un poquito más de la historia de aquel lugar. No era alguien que socializara mucho, y trabajar desde casa no ayudaba. Se sentía un poco desconectada, por eso le gustaba ser la observadora invisible de la vida cotidiana del barrio.

Era jueves, su día favorito para ir al mercado. Lo prefería, en lugar de los supermercados, porque le gustaba el contacto directo con los vendedores de los puestos, y las charlas espontáneas que, aunque breves, le hacían sentir parte de algo más grande. En el mercado podía ver a personas elegir cuidadosamente las frutas, o hablar con los tenderos sobre aquello que podía hacer tan especial este o aquel producto. Aquella conexión directa y honesta la hacía sentir más enraizada con su nueva vida.

Caminó hacia el mercado, saludando con una sonrisa al señor del kiosco y a la mujer de la tienda de plantas, que siempre la miraba con curiosidad. Al llegar, el bullicio habitual la recibió. Se detuvo primero en la frutería, donde compró unas manzanas. Luego pasó por el puesto de quesos, donde el tendero le ofreció una degustación de un queso curado de oveja.

Finalmente, se dirigió a la panadería, donde se había formado una fila pequeña. La panadería del mercado siempre tenía un olor irresistible, una perfecta combinación del dulce de las magdalenas recién horneadas con el intenso olor de la corteza del pan. Belén esperó su turno, mientras observaba cómo una pareja mayor discutía amigablemente sobre si comprar o no un bollo extra para la merienda.

—¡Buenos días, Belén! ¿Qué te pongo hoy? —dijo Juan, el panadero, con esa amabilidad de siempre.

—Hola, Juan. Dame una barra de pan de pueblo, por favor —respondió ella, con una sonrisa.

El pan de pueblo era su preferido, con su corteza crujiente y su miga tierna que le recordaba a las meriendas de su infancia. Juan se giró hacia las estanterías y le entregó el pan, envolviéndolo en el papel marrón clásico. Mientras pagaba, Belén escuchó una voz a su espalda.

—Hola, Juan. Yo también quería una barra de pan de pueblo.

Belén giró ligeramente la cabeza, lo suficiente para ver al chico que había hablado. Tenía el cabello algo revuelto y una sonrisa despreocupada, de esas que parecen siempre a punto de soltar una broma.

—¡Vaya, Lorenzo! Me temo que no va a ser posible, acabo de vender la última —dijo Juan, con un tono de disculpa mientras miraba a Belén y luego al chico.

Belén sintió una mezcla de vergüenza y empatía. Aquel chico, Lorenzo, parecía tan sorprendido que no pudo evitar intervenir.

—Perdona, —dijo, alzando un poco la voz—. Podemos compartirla, si quieres. Juan podría partirla en dos.

Lorenzo la miró, sorprendido, y luego su sonrisa despreocupada se hizo aún más ancha.

—¿De verdad? Sería genial. Gracias, en serio —dijo con un brillo en los ojos.

Juan, con una sonrisa cómplice, partió la barra de pan de pueblo en dos y se la entregó a cada uno. Al tomar la mitad que le correspondía, Lorenzo miró a Belén y le dijo:

—Gracias por salvarme el desayuno.

Belén le devolvió la sonrisa, sintiendo una calidez inesperada. Había algo en la naturalidad de Lorenzo que la tranquilizaba, como si fueran amigos de toda la vida.

—Soy Belén. Encantada —dijo.

Ambos salieron del mercado caminando juntos, sin prisa, hablando de cualquier cosa y, al mismo tiempo, de todo. Lorenzo le contó que había vivido en el barrio toda su vida, que trabajaba cerca y que siempre venía al mercado porque no había mejor pan que el de Juan. Belén le escuchaba, riendo a ratos con sus ocurrencias y dejándose contagiar por su entusiasmo.

Cruzaron la puerta del mercado y, durante un instante, Belén pensó que, quizá, mudarse a ese barrio había sido una buena decisión. No sabía si aquello llevaría a algo más, pero había algo bonito en la idea de compartir medio pan con un desconocido que, poco a poco, ya no lo era tanto.

Caminaban juntos, rumbo a un destino desconocido, y eso la hacía sonreír. Tal vez, a veces, lo más importante era precisamente eso: atreverse a hablar, a compartir, y dejar que la vida le sorprendiese.

Mientras seguían conversando y riendo, el sonido del bullicio del mercado quedaba atrás, pero la sensación de pertenencia al barrio y la esperanza de un nuevo comienzo caminaban junto a ella. Y Belén pensó que, al fin y al cabo, a veces una simple barra de pan podía ser precisamente el comienzo de algo especial.